



Filadelfia; eran célebres en la Siria las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquia; y Chipre, Creta, la Tracia, y la Macedonia acogieron á los apóstoles, que sembraron la verdad en las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas.

Desde Edesa, en donde muchos abrazaron el cristianismo, pudo propagarse éste por las ciudades griegas y sirias sometidas á los sucesores de Artaxares, á pesar de la sólida jerarquía sacerdotal y del exclusivismo del culto persa. Penetró en la grande Armenia muy pronto por la inmediata Siria; pero no toda fué convertida hasta el siglo IV, cuando Tiridates fué bautizado por San Gregorio Iluminador. Una prisionera cristiana le predicó en el Cáucaso, obligando á un príncipe de Iberia á confesar la divinidad de Jesús, y á pedir misioneros á Constantinopla.

Pero así como las antiguas ciudades querían traer su origen de los semidioses, así también aspiraron las Iglesias en demasiado número á la gloria de haber sido fundadas por los apóstoles, y áun algunas contra las cuales subsistían testimonios de lo contrario. Sulpicio Severo afirma que pasó muy tarde la religion de Cristo al otro lado de los Alpes, y recuerda un pueblo populoso donde en su tiempo ninguno conocia aún á Cristo (1). En las Galias no aparecen más iglesias que las de Lyon y Viena en tiempo de los Antoninos, y en el imperio de Decio las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y Paris; y aunque muchas ciudades abrazaron verdaderamente la fe cuando áun costaba el martirio, la masa de la nacion no se convirtió al cristianismo hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martin de Tours, de San Bricio, su sucesor, de San Coarentino de Quimper, y de San Marcelo de Paris, fué recompensado con triunfos generosos.

Sin creer que el año 180 enviase misioneros el papa Eleuterio á la Gran Bretaña, á petición de un rey llamado Lucio, sabemos por Tertuliano que «los Cambrios y los Caledonios, no

(1) *Nemo noverat Christum. Dial. II. Serius trans Alpes Dei religioni suscepta. Hist. ecl. II.*

»sometidos hasta entónces por las armas romanas, fueron avasallados por Cristo (1).

Santiago el Mayor, á quien atribuyen su conversion los españoles (2), parece que no salió de la Palestina, donde padeció martirio nueve años despues de Cristo, ántes de la dispersion de los apóstoles. La misma incertidumbre hay sobre el origen de las iglesias de África, en la cual prosperó la buena semilla á favor de los muchos obispos establecidos hasta en las pequeñas ciudades, y del celo de elocuentes campeones, singularmente de San Cipriano. En Etiopía, ya desde el siglo II se habian traducido los libros santos, y despues estableció allí una iglesia Frumencio, quien habiendo convertido al *neyuse* y la nacion, instituyó el obispado de Axun. En Roma, ya en tiempo de Neron, treinta y tres años despues de la muerte de Cristo, se encuentran sus prosélitos en gran número (3); se les distingue claramente de los judíos: no se les puede reprimir sino inventando contra ellos insensatas calumnias: penetran en las provincias remotas, y se proclama como un triunfo el haberlos extirpado (4). Luciano encuentra su patria, el Ponto, llena de epicúreos y de cristianos (5); y ochenta años despues de la muerte de Cristo, se quejaba Plinio de que estuviesen desiertos los templos, y de que no hubiese compradores para las víctimas, culpando de ello á esta supersticion extendida hasta en las aldeas y en los campos.

No pertenecian los prosélitos únicamente al vulgo. El mismo Plinio los encontraba *de todas edades y condiciones*. Tertuliano afirmaba al procónsul que si persistia en exterminar á los cristianos de Cartago, diezmaria la ciudad, y

(1) *Apolog.*

(2) Lo sostiene el padre Florez, *España Sagrada*, título III. San Pablo manifiesta la intencion de ir á España (*Roma. XV. 24 y 28*). Se pretende que también estuvo en ella San Pedro, cambiando á Terracina por Tarragona.

(3) *Multitudo ingens. Tácito.*

(4) Se encontró en España una lápida que decia: *NERONI CL. CAIS AVG. PONT. MÁX. OB PROVINC. LATRONIB. ET HIS QVI NOVAM GENERI HUMANI SVPERSTITION. INCVLCAB. PVRGATAM. Muratori I. 99.*

(5) En *Alex. 25.*

CAPÍTULO XI

Edad heroica del cristianismo.—Persecuciones (1).

Cuando Constantino dirigía su marcha contra la Italia, dicen que se apareció á él y á todo su ejército, sobre el sol, un esplendor en figura de cruz, y escrito en ella: *Con esta vencerás*, y que despues aclaró un sueño que el cielo queria que adoptase la cruz por bandera, por lo cual mandó hacer una, á la cual unió el estandarte con el monograma de Cristo, sustituyéndola á los dioses que se solian llevar delante de los ejércitos (2).

Véase, pues, ya á la cruz pasar desde el oprobio del Gólgota á guiar á los ejércitos, á brillar al frente de los reyes, y á abrir una nueva civilizacion. ¡Pero á costa de cuántas oposiciones y padecimientos!

Hemos indicado quiénes fueron los primeros que con la voz, con el ejemplo y con la gracia propagaron el cristianismo en países muy remotos. Extendióse por toda la tierra la

(1) Despues de haber seguido la compendiada, pero magnífica relacion de este período importantísimo de la historia, segun *Rabacher* y *Alzog*, no podemos ménos de exponer algo de tan brillante período, siguiendo por vez primera la relacion del ilustre historiador César Cantú.

(2) El estandarte así consagrado se llamó *Lábaro*, voz que ántes indicaba el estandarte imperial.

voz de los apóstoles; pero como su humildad no nos dejó memoria de los países convertidos, debemos limitarnos casi sólo al mundo romano. La critica no puede aceptar en todo su rigor la expresion de San Justino mártir: «No hay pueblo griego ni bárbaro, ni nacion, cualesquiera que sean su nombre ó costumbres, áun cuando ignore la agricultura y las artes, áun cuando viva en tiendas ó ande errante en carros cubiertos, en que no se eleven oraciones al padre y creador de todas las cosas en nombre de Cristo crucificado» (1); y sin embargo, es cierto que el cristianismo se propagó con tal rapidez, que atendidos los obstáculos con que tenía que luchar, bastaria para probar su divinidad. Además de la Judea, la Italia, la Grecia y el Egipto, fueron visitadas por Pablo las provincias situadas entre el Éufrates y el mar Jonio: el Apocalipsis nos recuerda las siete iglesias en Asia, de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sárdis, Laodicea y

(1) *Dial. cum Tryphone*. Con el objeto de disminuir el número de los cristianos afirma Gibbon que no podian ser más que la vigésima parte de la poblacion del imperio, lo cual sería ya una proporcion mayor que la de cualquiera otra secta.



entre los culpados encontraría muchos de su clase, senadores, matronas y amigos; y el edicto del emperador Valeriano supone convertidos á senadores, caballeros romanos y altas señoras.

Favorecieron también la propagación del cristianismo circunstancias humanas (1). Aun cuando un edicto de Augusto había prohibido la nueva secta, era tolerado el cristianismo como secta judaica (2). Reunido el mundo civil en el imperio, se había quitado toda barrera de enemistades nacionales á los propagadores de aquella doctrina, de suerte, que á ellos aprovechaban las conquistas de los romanos. Otra ventaja fué el haber adoptado los apóstoles el idioma griego, el más culto y extendido en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro, y conocido en las Galias y en la Italia por toda persona bien educada. Hombres llenos de erudición y literatos, granjearon pronto la estimación de las clases superiores en favor de la doctrina, primeramente vilipendiada, de los pescadores galileos; y en la lengua de Aristóteles y Platon se expuso un sistema que dejaba muy al descubierto la nulidad de los demás sistemas filosóficos.

Porque la Providencia no había dejado caer ni aun á los pueblos más abandonados de las nociones necesarias para descubrir la verdad, ni de las inclinaciones instintivas para respetar á lo menos lo que no tenían la fuerza de seguir. Y aun cuando los hombres se aturdirían entre mil pensamientos y placeres, no podían extinguir en las conciencias el poderoso instinto que conduce á investigar quién es Dios, quién el hombre; qué relaciones hay entre éste y aquél; cómo puede regenerarse el pecador, y lo que será después de la muerte. Á semejantes preguntas, ¿qué podían responder de satisfactorio el frío orgullo de los estoicos, la depravación epicúrea, la cínica gro-

(1) Doelinger.

(2) Exageraron Krafft, *Prof. de nascenti Christi ecclesia secte judaicae nomine tuta* Erlang. 1771, y Seidenstucker, *De Christiani ad Trajanum usque à Cæsaribus et senatu romano pro cultoribus relig. mosaicae semper habitis*. Helmstad, 1790, sosteniendo que los cristianos se propagaron á la sombra del nombre judío.

seria y el escepticismo académico? Los mejores maestros excitaban el deseo de la verdad, en vez de satisfacerlo, y cuando el alma invocaba el descanso de la certidumbre, respondían con dudas y sutilezas.

¿Y acaso calmaba más este deseo la religión? Los oráculos casi habían perdido el habla desde que la circunstancia de tratarse los negocios en los gabinetes de los reyes hacía más difícil prever las decisiones ó más peligroso revelarlas, y era inútil insinuarlas en nombre del Dios, cuando las imponía el decreto del príncipe. Parecía el vulgo tan cansado de las deidades antiguas, que era menester á cada momento introducir las nuevas, cuyo símbolo no estuviese aún envilecido por interpretaciones materiales y con nuevos ritos reanimar algo la fe en aquella triste alternativa de las conciencias entre superstición é incredulidad. Si en fin creía en los númenes el pueblo, encontraba en ellos ejemplos de toda corrupción, y temiendo que el culto que al uno prestaba, disgustase al otro, se refugiaba en prácticas supersticiosas. ¿Podían obtener crédito en el concepto de las personas cultas aquella turba de deidades y sus historias poéticas? ¿podía inclinarse con fe un alma generosa ante las aras en que eran incensados un Antinoo y una Drusila? El filósofo, por lo tanto, el sacerdote y el hombre político, consideraban los diversos cultos como igualmente útiles y falsos, y la tiara del pontífice, la estola del augur y la toga del magistrado cubrían al ateo.

Los cristianos, por el contrario, exponían una doctrina sencilla, clara y humana. Lo que es y lo que debe ser, la miseria y la concupiscencia y la idea siempre viva de perfección y de orden, que hallamos igualmente en nosotros, el bien y el mal, las palabras de la sabiduría divina y los vanos discursos de los hombres, la alegría vigilante del justo, los dolores y los consuelos del arrepentido, el espanto y la imperturbabilidad del malvado, los triunfos de la justicia y los de la iniquidad, los proyectos de los hombres, realizados entre mil obstáculos, ó destruidos por un obstáculo imprevisto, la fe que espera la promesa, y que comprende la vanidad de lo que pasa, la misma incredulidad,



todo se explica, todo se corrobora con el Evangelio. La revelación de un tiempo pasado, cuyos tristes testimonios lleva el hombre en el alma, sin tener en sí la tradición ni el secreto, y de un porvenir del cual sólo le quedaba una idea confusa de terror y de deseo, nos explica el presente que tenemos á la vista: los misterios concilian las contradicciones, y las cosas visibles se comprenden por la noticia de las invisibles (1).»

No elevaban al prosélito á esta sublimidad iniciándolo en misterios cuyas explicaciones físicas descubriesen la impostura de los sacerdotes y pusiesen sus convicciones en oposición con las prácticas exteriores; sino que la exponían las excelsas verdades de la Encarnación, de la Redención y de la Eucaristía; la uniforme y sólida enseñanza de la escuela, estaba en esta doctrina en armonía con la predicación, el misterio con la doctrina exterior, y las ceremonias del culto con la consumación real del sacrificio. El cristianismo sustituía á la opinión, á la duda y al temor, tres virtudes desconocidas, la fe, la esperanza y la caridad. Mientras que en la idolatría las fiestas sólo eran alusiones á accidentes naturales, ó cuando más á patrióticos recuerdos, manchados frecuentemente con impurezas y orgías, en las cristianas el regocijo era expresión del renacimiento espiritual. Mientras que, no conociéndose en aquéllas la Providencia, se interrogaba con ansiedad lo futuro, se confiaba en estas en la omnisciencia divina, y libre el espíritu del temor de siniestros presagios, encontraba la explicación de la vida en lo que sucederá después de ella.

Roma lo había experimentado todo, primero el poder y la gloria, después la riqueza y los placeres, y no se encontraba satisfecha: algunos de sus pensadores deploraban aún á Farsalia, y oscilaban entre una impetuosa resistencia y la desesperación de que pudiera salvarse el Estado. Reprimidos los más jóvenes por la legalidad, por la potestad paterna, por la esclavitud y por la condición de extranjeros, esperaban en profunda fermentación

(1) Manzoni, *Mor. católica*.

grandes y misteriosos acontecimientos predichos por los oráculos. Los tiempos y los hombres desgraciados creen fácilmente, y creyeron en este nuevo bien predicado.

Al anuncio de una religión, divina en su origen, sencilla y verdadera en su doctrina, pura y sublime en su moral, agitábase el entendimiento, si aún vacilaba la voluntad; y si la gracia no triunfaba de las costumbres, de la primera educación y del interés, bastaba el conocimiento del cristianismo para inspirar la idea de lo mejor. Por lo tanto, cuando se trató de reanimar las creencias antiguas, hubo necesidad de mezclarlas con algo puro y elevado que nunca habían tenido: el grosero politeísmo se aproximó á la creencia de un solo Dios, restringiéndose el culto casi únicamente á Júpiter y Apolo, considerado este último como mediador entre Dios y los hombres, para revelarles en los oráculos su voluntad, y como salvador de la humanidad, que por expiación se había encarnado, vivido siervo en la tierra y sometido á padecimientos (1). Máximo de Tiro afirmaba que cualquiera que fuese la forma, todos los pueblos creían en un sólo Dios, padre de todas las cosas; lo mismo cantaba Prudencio (2); el pueblo tenía siempre en la boca: *Dios lo sabe, Dios te bendiga, si Dios quiere* (3), ¿y qué más? los mismos oráculos reconocían un Dios.

Pero la idolatría, que sucumbía, aunque procuraba reconstituirse con los dogmas católicos y arreglar un nuevo edificio de mosaico, ¿ofrecía por ventura la consoladora doctrina de un redentor y de la remisión de los pecados? Aquel á quien remordía su conciencia, sólo podía acallarla con holocaustos, ó haciéndose derramar sobre la cabeza la sangre de víctimas degolladas (4), ó con otras prácticas cuya supersticiosa inutilidad se comprendía. ¿Qué buena nueva,

(1) Baur, *Apollonius de Tyane et Christus*. Tübinga, 1832, p. 168.

(2) *Et quis in idolo recubans, inter sacra mille
Ridiculosque deos venerans ale, cespites, thure,
Non putat esse deum summum et super omnia solum
Quamvis Saturnis, Junonibus et Cytheraeis,
Portentis aliis fumantes consecrat aras?*

(3) Tertuliano.

(4) Taurobolos y criobolos.



pues, no debía de ser para ellos oír que un Dios había tomado sobre sí la empresa de aplacar aquella ira inexorable, y que cada uno podía apropiarse los frutos del sacrificio de la cruz mediante la fe en el divino Redentor? Los fieles de aquellas religiones y de aquellas sociedades que no tenían más que castigos para el malvado, acusaban á los cristianos de recoger en su seno á los pecadores; pero los cristianos respondían restituyéndolos reformados por la penitencia.

Estas consideraciones inducían á todos los hombres de buena fe á seguir, ó cuando no otra cosa, á venerar el cristianismo; pero principalmente acudían á él (y esta era otra acusación) los hombres vulgares y los esclavos. No había causado tanto daño la corrupción en las clases numerosas, que ocupadas en el trabajo, y por consecuencia creyendo en lo que habían creído sus padres, frecuentaban los templos, y sentían la necesidad de la divinidad. Aun entre los esclavos, si muchos eran torpe instrumento de los vicios del amo, otros, más alejados del fango señorial, se conservaban fieles al deber. ¡Y cuán consolador no debía de ser para éstos oír hablar de un Dios igual para ellos y para sus tiranos, y que las duras fatigas y los inicuos ultrajes sufridos en la tierra con paciencia podían convertirse en tesoro en la otra vida, en donde serían llamados á un juicio inexorable los oprimidos y los opresores!

Sólo los que padecen pueden comprender lo consolador de esta idea. Y no poco debieron de favorecer al cristianismo los inmensos padecimientos de aquellos tiempos, en los cuales, como si no bastase la alternativa entre la anarquía y el despotismo, entre la brutalidad de los imperantes, la feroz licencia de los guerreros y las rapiñas de los magistrados, se agregaban á todo la peste, los terremotos, los torrentes, el hambre, las correrías de los bárbaros y el desorden universal.

En medio de esta situación se presenta la sociedad cristiana. Podíase escarnecer á aquellos apóstoles con palabras, y responderles: *Tenemos otra cosa que hacer, ó bien os escucharemos mañana*; pero estaba á la vista de

todos un ejemplo de virtud al cual ninguno podía negar su admiración; una sociedad fraternal que procuraba á sus miembros las alegrías de una vida interior, que con las ideas y los sentimientos podía ocupar á las almas fuertes, ejercitar las imaginaciones activas, y satisfacer las necesidades intelectuales y morales, reprimidas, pero no sofocadas, por la tiranía y las desgracias. Proponiéndose los apóstoles corregir las costumbres privadas para enmendar las públicas, no imitaban á los grandes filósofos declamando contra el siglo perverso, y siguiendo sin embargo sus costumbres, sino que mortificaban las pasiones, enseñaban á calmar los malos deseos, y á no hablar y obrar deshonestamente; ofrecíanse como modelos con servicios, virtudes y mortificaciones personales; ajenos á la soberbia y á la presunción, esquivando los honores y el fausto, se les veía junto al lecho del enfermo; se les encontraba en la cárcel y en el patíbulo; y en las pestes que poco después se encrudecieron asistían continuamente á los atacados, medicinando, haciendo limosnas, y sepultando, mientras que los demás sólo pensaban en la manera de librarse. Enseñaban además á los pobres á no envidiar á los ricos, porque Cristo fué también pobre y para los pobres es el reino de los cielos; disuadían á los esclavos de denunciar á sus amos, y á los libres de oprimir á sus siervos, persuadiendo á todos de que había otra riqueza y otra vida que el César no podía arrebatarse.

Muy luego se organizaron en sociedad regular con jefes y reglamentos, rentas y gastos; vínculos voluntarios y morales, y sin embargo consistentes, que les daban preponderancia sobre las débiles y dispersas congregaciones religiosas de los antiguos. No había en estas opiniones ni ritos uniformes: lo que se creía en Elide se escarnecía en Délos, cuyos milagros eran la burla de Epidaurio; y los sacerdotes de varios templos y dioses, no solamente eran independientes entre sí, sino celosos y enemigos. Entre los cristianos, por el contrario, eran uno el espíritu, una la moral y uno el culto; eran adictos hasta la muerte á la misma causa; en la unidad de la fe y en el co-



nocimiento del Hijo de Dios (1), creían infalible el concilio de sus sacerdotes, y dependían de jefes que habían conversado con Dios viéndolo á su lado. Viendo aquella íntima comunidad, aquel vínculo fraternal, consolidado en los cristianos por la unidad de las creencias y de las esperanzas, exclamaban los gentiles: *¡Ved cómo se aman!* Y con mucha razón, dice Tertuliano, se admiran, ellos que sólo saben odiarse.

Entre los sacerdotes paganos, si se exceptúan algunos fanáticos egipcios y sirios, ¿quién hubiera sufrido nunca molestias, no ya tormentos por su Dios? ¿Quién hubiera querido ir á predicar su culto más de lo que fuese necesario para adquirir crédito y riquezas? Consideraban su posición no de otra manera que como un empleo del Estado, dispuestos, si el Senado lo decretaba, á poner á Tina en lugar de Júpiter, á Mitra en lugar de Apolo, y á colocar el altar al tirano y á la meretriz.

Los prosélitos del cristianismo, que no habían nacido en esta creencia casualmente, sino que la habían adoptado por íntima persuasión y después de una lucha prolongada y de duros sacrificios, tenían un empeño en conservarlo y difundirlo con íntima fe y exaltación natural. Persuadidos de que no había salvación fuera de su fe, descendían hasta el vulgo, hasta los niños y hasta las mismas mujeres, para persuadirlos, disipar sus dudas, determinar su conducta, y comunicar á todos el conocimiento más esencial, que es el de los propios deberes. Los principios útiles al orden social llegaron á ser la creencia universal por medio de catecismos, homilias, profesiones de fe, cánticos y oraciones, formas diversas de una sola fe, acomodadas á la capacidad común. El padre convertido se proponía atraer su familia á una creencia en la cual únicamente estaba la salvación: el soldado predicaba á su cohorte, el esclavo á sus compañeros y alguna vez á su amo: muchos también, según afirma Eusebio, después de distribuir sus bienes á los pobres, pasaban á países lejanos, y estableciendo en ellos una iglesia, avanzaban hasta

(1) S. Pablo, *Ad. Eph.* IV, 13.

otros más remotos. ¿Podía resistir mucho tiempo á este apostolado la indiferencia gentil?

Aquellos romanos y griegos, en fin, que presenciaban y deploraban el envilecimiento de su patria, se complacían en recordar los Leónidas, los Escévolas, los Brutos y los Catones, pródigos de sus grandes almas en favor de una libertad, que entonces parecía más bella por estar perdida, y en el secreto de la desconfianza alababan á los pocos héroes que aún los imitaban ó reproducían resistiendo á los Césares y desafiando la muerte. Pero presentábase á la sazón una familia que proclama la libertad, no aquella libertad que reniega del orden y se adquiere por medio de rebeliones, sino otra que resiste á todos los atentados contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por la cual sabían aquellos galileos no darse la muerte, sino esperarla intrépidamente (1). Cuando todos á porfía se envilecían á los pies de viles emperadores, éstos enseñan que el hombre sólo pertenece á Dios (2); respecto de la fe y del ejercicio de su religión no reconocen autoridad terrestre, y no sólo se niegan á descender á la apostasía, y á quemar un solo grano de incienso en las aras del dios Júpiter ó del dios Antinoo, sino que ni aún quieren, á pesar de los decretos, abandonar sus asambleas religiosas ni las prácticas de su culto (3), ni entregar sus libros santos. Su modo de obrar está fundado en la sinceridad y en la paciencia, no en la fuerza ni en la astucia, ni en descender á transacciones, ni en escoger el tiempo oportuno.

Y cuando quieren obligarlos por la fuerza los emperadores, el sanedrín ó los procónsules, si son débiles huyen, si no sufren, pero no se someten: el refinamiento de la barbarie redobla su constancia, y mientras llaman á ésta los sabios locura y obstinación (4), sirve para

(1) *Ipsam libertatem pro qua mori novimus*; Tertuliano *ad Nat.* I, 1.

(2) *Solius Dei homo*; *Id. Scorp.* 14.

(3) Orígenes, *adv. Cels.* sostiene que los cristianos pueden violar las leyes que impiden sus reuniones piadosas.

(4) *Κατὰ φύσιν παρατήξεν*, Marco Aurelio en los monólogos, *Pervicaciam et inflexibilem obstinationem*;